

Scilla: distinción “in-material” entre pasión y amor

Diego Medina Morales

fd1memod@uco.es

Junto al estrecho de Messina (Italia) existe una bellísima ciudad llamada Scilla, según algunos cronistas esta ciudad la fundó el propio Ulises cuando, a su regreso de la guerra de Troya, desembarcó en su playa. Se trata de una magnífica población que se deja caer desde la falda del colosal monstruo pétreo que pone fin a la Calabria —antes de hacerse mar en el estrecho— para introducirse en el piélago, creando, de este modo, la ilusión —incomparablemente bella— de ser una ciudad que se hunde en el mar.

No en balde quien da nombre a esta ciudad es precisamente un personaje mitológico marino citado en las aventuras de Ulises. Scilla o Escila, como se le conoce en castellano, es un monstruo marino, una sirena, de aspecto terrorífico. En la mitología se la describe como un ser cuya parte superior se corresponde con una bella mujer, debajo de cuya cintura salen, en forma de extremidades, 6 perros como apéndices con los cuales devorar cualquier presa que se pudiese a su alcance. Scilla no siempre fue tal monstruo, antes había sido una joven y bella mujer nacida de Hécate y Forcis, o —según otras versiones— de Equidna y Tifón; un día mientras jugaba lozana en la playa el dios marino Glauco la observó, Scilla permanecía sentada en una umbría caleta, se lavaba sus bellos pies en las cristalinas aguas. Glauco no pudo resistir su belleza y después de haberla admirado largo tiempo desde lejos nadó hasta su encuentro e intentó conquistarla con bellas palabras. A Scilla le causó tal temor la gran cola de pez y el cabello lleno de cizañas que adornaban al dios que pretendía seducirla que huyó despavorida. Glauco, que desde que comiera la hierba mágica que lo convirtió en dios, era fuertemente engreído no soportó la negativa de la joven y acudió a la maga Circe, para lograr el amor de aquella joven mediante la brujería. Pero Circe, no estaba dispuesta a ayudar a Glauco, puesto que también estaba enamorada de él, y, aunque intentó persuadirle de que cesase en su intento, se vio constreñida a aparentar que le ayudaría a conseguir sus propósitos; para lo cual, le entregó una pócima, dándole una serie de instrucciones sobre su uso. Obedeciendo a Circe, Glauco vertió la pócima en la caleta de mar donde Scilla solía bañarse, y cuando ésta acudió a



Diego Medina, a la derecha, con un colega italiano en Scilla.

sumergirse observó como de repente una jauría de perros la atacaba. Cuando trató de defenderse observó aterrada que los perros pendían de su cintura y que estaba transformándose en el terrible ser antes descrito. Glauco, que acechaba desde la distancia, pudo ver lo ocurrido, y ante ese espectáculo —que Circe había desencadenado— perdió todo el interés por la muchacha. Desde entonces Scilla vagó por las playas del estrecho frente a Sicilia, mientras que en la otra orilla habitaba otro monstruo marino, Caribdis. Ambos seres, representación de los mares que chocan en el estrecho, acechaban ese paso para devorar a los marineros que osaban pasarlo.

Este mito, como todos los mitos creados por los poetas griegos, es una historia grandiosa, pero también es una historia ejemplar. Nos dice cómo el amor —ese sentimiento humano que tanto ha preocupado a la cultura de Occidente desde sus orígenes, como lo acredita el interés que, entre otros, despertó en Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, S. Agustín, Santo Tomás, o, ya mucho más cerca de nosotros, en Stendhal, Scheler, Fromm, o nuestro muy admirado Ortega— es algo más que una sensación, mucho más que mera pasión. El amor, sin ser racionalidad, es valor y, por ello, es razón. El mito de Scilla nos dice que cuando se entiende el amor como mera pasión, cuando resta como mero cúmulo de sensaciones, cuando no es ya valor captado por la razón —sin necesidad de ser racionalizado— cuando no es sentimiento, cuando no es valor intuitivo y es sólo fogosidad y exaltación, resulta no ser ya amor y por eso termina por ser destrucción e infelicidad.

En una sociedad, como la actual, que

ha perdido la medida y el alcance de los valores, en una sociedad mercantilizada, positivizada y, tal vez, excesivamente racionalizada, en una sociedad incapaz de dar cabida a los valores como fenómenos intuitivos, como entes captados por el sentimiento humano (más allá del puro sentimentalismo). En una sociedad en la que la razón se ha impuesto al sentimiento, donde el individuo y sus derechos están muy por encima de la pareja y de la familia, donde el sentimiento llamado amor no parece tener cabida frente al materialismo del éxito y de los placeres. En esa sociedad, yo creo que todos tenemos algo de Glauco y de Scilla. Por eso nos conformamos con los sentidos, por eso no damos cabida al sentimiento y al valor y, también por eso, todos como Scilla nos sentimos monstruos en soledad vagando en el estrecho de nuestras vidas.

El salvajismo comienza a triunfar en Europa, como da buena cuenta no sólo la violencia de género, sino también las bandas de jóvenes crueles e inhumanos que, hartos de drogas y alcohol (incapaces de intuir los valores y, menos aún, el valor amor) buscan en la noche las sensaciones de la violencia callejera, en las peleas, en la destrucción de lo ajeno, en el terror. Como también lo demuestra la violencia en el trabajo y en los centros de estudio, el abandono de los incapacitados y otros muchos más indicadores del desamor que tiraniza nuestros días. Como Scilla somos víctimas de la pasión y como Scilla nos hemos convertido en seres incapaces de amar verdaderamente. El falso amor el “amor material” o, mejor dicho, el “amor a lo material” nos hace ajenos al valor. Y es por eso que, desasistidos e inseguros, recurrimos, por necesidad, al poder “material” de la ley.